

ALONSO DE OVALLE

DE LAS FIESTAS Y REGOCIJOS DE LA CIUDAD DE SANTIAGO

Una de las cosas en que sale y campea más el lustre y grandeza de una ciudad es en las fiestas y regocijos que hacen en las ocasiones que se ofrecen. Tocaremos aquí algo de lo que en esto se esmera la ciudad de Santiago; y hablando de las fiestas que se celebran con regocijos seculares de toros, cañas, sortijas, torneos, alcancías, hachazos, carreras y otras alegrías de las que se usan, es muy de ver lo que en esto se esmera, particularmente en fiestas universales de canonizaciones, nacimiento, coronación y bodas de su príncipe y rey o en las que Su Majestad ordena se hagan por algún particular motivo, como el que tuvo ahora treinta años, mostrando su gran piedad y devoción con la soberana Reina de los Angeles y con el misterio de su purísima Concepción, mandando que en todos los reinos de su real corona se hiciesen universales fiestas, así por parte de los eclesiásticos como de los seculares, los cuales en esta materia no han menester estímulos de fuera cuando se tiene cada uno por más obligado a las demostraciones del reconocimiento que debe a esta Soberana Señora, y muy en particular el

reino de Chile por la singular protección con que le ha favorecido siempre desde sus principios, como se verá después en su lugar. Digamos ahora algo de lo que en esta ocasión hizo esta ciudad de Santiago para que por una parte se vea el afecto con que corresponde a lo que debe a esta esclarecida Reina del Cielo, y por otra sirva de argumento de lo que en esta materia de fiestas hace en otras ocasiones; y dejando aparte lo común que hicieron todas las sagradas religiones, repartiendo entre sí el octavario que celebraron a este intento, dando principio a él la catedral y siguiéndose los demás conventos por su orden con las solemnidades acostumbradas de música, olores, fuegos, altares y adornos con que celebraron sus misas y sermones; vengo a lo particular, a que dieron principio tres certámenes poéticos que a porfía y competencia se publicaron con solemnísimos acompañamientos de a caballo, en que salieron los cabildos y la nobleza, sin que nadie se excusase. Costeó el primero la catedral, el segundo el célebre monasterio de la Concepción y el tercero la congregación de estudiantes que con este título está fundada en el collegio de nuestra Compañía. En todos tres se propusieron premios de mucha estima, los cuales se repartieron a los poetas con gran solemnidad y concurso, haciendo sus representaciones acompañadas de regocijos y varios entretenimientos, como allí se usa.

Y, pues, hablamos de lo particular de estas fiestas, digamos lo que en ellas lo fué, y tanto, que dudo se pudiese hacer otra cosa que lo fuese más. El día que tocó a nuestro collegio hacer su fiesta, predicó a la misa el padre provincial que entonces lo era de aquella provincia, y en el fin del sermón se sintió tan movido del afecto de amor y devoción de la soberana Virgen, que con extraordinario fervor convidó al pueblo a que viniese después de comer a la procesión que salía de nuestra iglesia para cantar por las calles delante de la imagen aquellas coplas que fueron en aquellos tiempos tan célebres y repetidas, y eran glosa de ésta:

Todo el mundo en general

A voces, Reina escogida,

Diga que sois concebida

Sin pecado original.

Edificóse el auditorio de la piedad y devoción del predicador, pero rióse juntamente de la propuesta como de una cosa impracticable e imposible. Sin embargo, acudieron todas a su hora, los más por curiosidad de ver en lo que paraba una cosa tan nueva, que aun sólo propuesta parecía cosa digna de risa; tomaron todos sus ramos de oliva en las manos y comenzando a salir la procesión y a entonar los nuestros las coplas, fué cosa maravillosa que el mismo Señor que inspiró al predicador que propusiese una cosa tan nueva y extraordinaria, movió juntamente a su pueblo y a toda aquella noble ciudad, sino a bailar y tañer como a otro David en presencia del arca de su ley, a cantar delante del arca de su tesoro y gloria, y de esta manera cantando por las calles, llevaron la imagen a la catedral, donde salieron a recibirla el cabildo eclesiástico en forma de procesión, cantando sus himnos, fué tal la vocería del pueblo cantando sus coplas que obligaron a los canónigos a dejar su canto y acompañarlos en su devoción, cantando todos co-

mo niños. Mirábanse los unos a los otros a las caras, admirados de lo que hacían, que parece no lo podían; y es así que sino lo hubiera visto, conociendo por otra parte el natural y porte de la gente, lo tuviera por imposible; pero todo lo puede la interior fuerza de la devoción cuando el dueño de los corazones de los hombres quiere servirse de ellos para crédito de la pureza inmaculada de su Madre.

Las fiestas de regocijos exteriores que se hicieron a este intento duraron muchos días. Tocó uno de ellos a la congregación de españoles que está fundada en nuestra Compañía, la cual hizo una muy costosa y concertada máscara en que concurrían todas las naciones del mundo con sus reyes y príncipes, todos vestidos a su usanza, con grandes acompañamientos, y detrás de todos el Papa, a quien llegaba cada nación con su rey a suplicarle favoreciese este misterio. Fuera de los gastos de libreas, diversos trajes y carro triunfal de grande máquina en que se representaba la Iglesia, fué muy grande el de la cera por valer allí muy cara y haberse hecho de noche esta fiesta. Los demás días se repartieron entre los negros, indios y españoles de todas artes, y procurando con una pía emulación aventajarse los unos a los otros, hicieron invenciones y disfraces muy de ver y de mucho gasto; pero los que en esto excedieron entre los demás, fueron los mercaderes, particularmente en un torneo y justas que jugaron en la plaza, donde salían los aventureros fingiendo cada cual su papel, o como quien sale del mar o del bosque o del lugar del encanto, representando muy propriamente el personaje de su particular invención, corrieron sus lanzas y ganaron los premios, que fueron de mucho valor. Los caballeros y la ciudad coronaron estas fiestas con sus acostumbrados regocijos de la carrera, cañas y toros, a que de ordinario salen al coso veinte o treinta hombres de a caballo a rejonearlos, fuera del que da la lanzada. También suelen ser de mucho regocijo las alcancías y hachazos que acostumbran correr de noche entre año en las fiestas y ocasiones que se ofrecen, y en esta que digo, fué muy extraordinario lo que en esto se aventajaron haciendo ricas y vistosas libreas y otros gastos forzosos para mayor celebridad de la fiesta.

Los regocijos ordinarios y anuales que se hacen en las fiestas de San Juan y Santiago, de la Natividad de Nuestra Señora y otras, son también muy de ver. La víspera y día de Santiago, que es el patrón de la ciudad, saca el alférez real el estandarte de la conquista con las armas reales, con un lucidísimo y muy numeroso acompañamiento, porque tienen todos obligación de salir a esta acción, como se hace en otras partes. A estas fiestas generales se añaden entre año algunas particulares que se hacen en casamientos y bautismos de la gente más principal y poderosa, en que cada uno gasta conforme a su caudal (y no sé si diré mejor sobre lo que pueden llevar sus fuerzas, aunque veo que es este un achaque tan ordinario y común en el mundo, que no hay para qué prohibarle a ninguno en particular). En las fiestas de toros que se hacen a estos particulares fines, suelen los que las hacen dar colación a la Real Audiencia, a los cabildos y otras personas de su obligación, en que se suelen hacer muy grandes gastos. Los que se hacen en los desposorios son mucho mayores, porque además de las galas y libreas, han dado en hacer ricos presentes a las novias a las primeras vistas después de hechas las capitulaciones, y yo los he visto hacer de mucho valor,

como son de esclavas, vestidos, estrados y escritorios llenos de preseas y joyas de oro y piedras preciosas, perlas y otras curiosidades y regalos de mucha estima, que apreciadas valen muchos ducados; ni son menos los que se gastan en los banquetes y comidas, particularmente de algunos años a esta parte, en que han dado en contrahacer las frutas naturales y las alhajas, que sirven en los aparadores, de manera que admira; y así no sale airoso del convite el que le hace, si tiene posible, contentándose con dar a la mesa todo género de aves y peces y los dulces ordinarios, sino añade a todo esto los sobrepuestos de alcorzas, que se hacen de hermosos lazos y figuras, y las frutas y demás cosas contrahechas de lo natural; todo tan perfectamente acabado, con tanta curiosidad, primores y galanterías, que admira a los que más han visto. Siembran la mesas de algunas de estas frutas contrahechas y la alhajan de aguamaniles, jarros, tazas, alcarrazas, saleros, platos, cuchillos, cucharas, y tenedores, todo hecho de alcorza salpicado de oro y plata, y la primera acción que hacen en sentándose a la mesa es despejarla de estas alhajas, presentándolas los convidados, a quien gustan, porque las que sirven en el banquete son todas de plata.

Cuesta todo esto muchísimo, porque el azúcar viene del Perú y la manufactura de todas estas curiosidades es muy cara, los convidados muchos y fuera de la comida que se dá el día de las bodas, dan otra los padrinos el día siguiente, si no mejor, en nada inferior. Esto es lo que no puede excusar ninguna de las personas de importancia que tiene algún caudal; que si quiere uno sobresalir entre los demás, haciendo fiestas públicas, como suelen, visto está cuánto crecerá el gasto. Antiguamente oí decir que había quien en semejantes fiestas hacía la costa a todos los aventureros del juego de la sortija, y que les daba a todos libreas de terciopelo, que aun en aquellos tiempos valía doblado más que ahora, y en los presentes no hacen esto, hacen otros gastos equivalentes en colaciones, fuegos y otras cosas de lucimiento, porque para una ocasión de éstas, nadie se tiene por menos rico, que es la perdición de las repúblicas, porque como ninguno se tiene por menos que otro, aunque lo sea su caudal, hacen reputación que no debieran, de quedar atrás e inferiores a los que más pueden; y con esto dejemos ya a Santiago, que nos ha detenido más de lo acostumbrado por satisfacer el deseo que han mostrado muchos de saber los aumentos de las ciudades y poblaciones de aquel nuevo mundo y el modo con que se ha entablado en él la policía, usos y costumbres cristianas de que se ha tocado algo, para que de ahí se haga algún juicio de lo demás; otros satisfarán más de propósito que yo paso al que llevo de decir algo de la conquista de este reino, para dar noticia de la propagación de la fe que en él se ha fundado y la gran capacidad y esperanzas que hay de su propagación y mayos aumentos; y porque algunos curiosos desean saber lo particular de las nuevas poblaciones de aquel nuevo mundo, y no dejará de tener gusto el curioso lector de ver el modo y forma con que sus conquistadores fundaron las ciudades que se han ido aumentando y se ven hoy tan adelantadas, como hemos apuntado, me pareció poner aquí el sitio y planta de esta ciudad de Santiago con todas sus calles, cuadras, solares y plazas, apuntando en particular los sitios y lugares que corresponden a las iglesias, conventos y monasterios, por ser la principal parte de una república cristiana; con lo cual se podrá fácilmente en-

tender el modo con que están fabricadas las demás, así de este reino como de otros, porque lo ordinario están todas fundadas con la proporción de calles y cuadras que aquí se ve; y para que también se haga algún juicio de las fábricas y edificios, va puesta sobre la planta la prospectiva de esta ciudad, según se da a la vista a los que yendo del Perú entran por la Cañada, aunque mucho antes desde algunas leguas atrás, se ven distintamente la cúpula de la Compañía, la iglesia y torre de San Francisco y los otros edificios más altos.

(**Histórica Relación del Reyno de Chile**". Cap. VIII, Lib. V.
Ed. Colección de **Historiadores de Chile**. Tomo XII.—
Santiago, 1888).

